

TEMA 4: BAYREUTH

TÍTULO: Y, UNA VEZ MAS, BAYREUTH...

AUTOR: *José Manuel Infiesta*

Deben haber pasado unos treinta años desde la última vez que asistí a alguna representación en el Festpielhaus. Naturalmente, desde entonces algunas cosas han cambiado.

La primera, para bien, poder visitar libremente la Siegfried Wagner Haus, al lado de Wahnfried, perfectamente conservada en su magnífico estilo Art-Deco, y que yo sí había visitado al ir a ver a Winifred Wagner, que la usaba como su vivienda habitual hasta su muerte en 1980. Es una suerte que se haya conservado la decoración que se creara en su día para Siegfried Wagner y su mujer.

La segunda, para mal, la nueva organización interna de Wahnfried, de cuyo piso superior ha desaparecido aquella maravillosa colección de fotografías en blanco y negro que constituía toda la historia de Bayreuth, y que veías mientras escuchabas grabaciones históricas. Allí podías ver desfilar todos los cantantes, los directores, los escenógrafos, desde los años que dirigía el propio Wagner hasta la actualidad. Y resultaba apasionante repasar cada año sus caras y sus nombres, y compartir así una prolífica historia de más de cien años que sentías como propia, con nombres míticos que te eran más que familiares. Todo eso ha desaparecido, ha dejado de existir, porque parece que el Bayreuth entre 1890 y 1945 ha dejado de interesar. Pero es que, a cambio, no hemos ganado nada.

La tercera, la peor, lo que llaman pomposamente el "Museo Wagner", una especie de volumen de mancha negra y discreta que ha nacido, como una seta, al lado de Wahnfried, creado de forma exclusiva para más honra y gloria de Wieland Wagner y sus sucesores. Y es que, verdaderamente, parece que Bayreuth quiera olvidar su propia historia y reescribir la que empezó en 1950... ¡Muy descarado!, ¿no? Así, resulta que el visitante incauto y novato no se va a enterar de que por aquí pasaron las batutas de un Levi, un Kraus, un Fürtwaengler, un Knappertsbusch, un Karajan, etc, etc, o de las voces que triunfaron, desde Maria Müller, la Flagstad, la Nilsson y un casi interminable etcétera... ¡Pobre memoria la de los humanos para con sus muertos más loables!

Por cierto, otra cosa que ha desaparecido es la placa de la casa de Houston Stewart Chamberlain, en la Wahnfried Strasse, pero a cambio se ha abierto un pequeño y exquisito Museo Liszt en la casa vecina, exactamente en la que el propio compositor murió... por cierto que, en mi visita a esta casa Liszt, estuve todo el tiempo solo, y la recepcionista (única persona de servicio en todo el edificio) me puso la grabación de los "Años de Peregrinaje", grabada con el Steinway que usaba el propio Wagner aquí mismo en 1876, logrando que mi estancia fuera una auténtica e íntima delicia...

Pero llega el ansiado momento de ascender la colina que accede al Festpielhaus y asistir, emocionado, a la primera sesión de la Tetralogía, el Rheingold... Por cierto, que en la puerta me encuentro con nuestro compatriota Roger Alier y nos hacemos nuestra primera foto juntos... ¡ya es el colmo que, después de casi medio siglo de conocernos, hayamos tenido que coincidir en Bayreuth para fotografiarnos!

Pero, silencio, que ya se levanta el telón y aparece -¡Oh, sorpresa!-, perfectamente diseñado, un Gold Motel, de la Route 66, estilo años 30, con su piscina prefabricada, su bar, su gasolinera, sus carteles luminosos de neón (¡Tienen Wifi!), su bandera secesionista, etc. Todo perfecto, magníficamente ambientado en el mejor estilo Art-Deco, cuidando los más mínimos detalles, quizá la mejor ilustración corpórea que yo haya visto de un cuadro de Hopper... ¡Todo entonadísimo!... Salvo el pequeño detalle de que yo no había venido a ver a Hopper, sino el Rheingold... Y, en cuanto empieza la acción, me encuentro con cámaras de video grabando a

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona

[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

los actores, me encuentro con pantallas de TV transmitiendo en tiempo real lo que graban, como un auténtico “Gran Hermano”, me encuentro con personajes inventados (como el barman) que a Wagner nunca se le habían ocurrido... y ahí empieza mi tortura:

Tortura por tener que asistir al espectáculo de las Hijas del Rhin chapoteando en bañador y enagüa en el agua de la piscina... Tortura porque el Reino de los Nibelungos se convierta en una roulotte, eso sí, del más rancio estilo Art-Deco, en cuyo interior Alberic se convierte en serpiente y en rana, y porque algunos de los protagonistas aparezcan conduciendo un Mercedes cabrio negro perfectamente conservado... Tortura porque Erda, finalizada su intervención, acabe enredándose con la máquina tragaperras del bar cuando su amado Wotan decide irse al Walhalla sin ella... Tortura cuando Fasolt y Fafner, convertidos en dos gansters americanos, armados con sus bates de beisbol, destrozan enfurecidos la cristalería del bar... Tortura porque Freia, la hermosa y dulce Freia, tenga que encajar sus orondas carnes en un vestido de latex, rosa y negro, al más puro estilo BDSM... Tortura porque, al iniciar los compases del acceso al Walhalla, a los dioses les pillen tomando copas en la barra del bar, y ya se queden allí bebiendo sin atender a la llamada de Wotan, que se tendrá que conformar solo con la compañía de Fricka en su aborto de ascenso... Y tortura, finalmente, cuando, como broche de oro, cuando la música inicia los compases del camino de los dioses al Walhalla, a donde (según el texto del propio Wagner) ascienden lentamente por un arco iris que atraviesa de lado a lado el cielo del escenario, al pobre escenógrafo no se le ocurre mayor originalidad que alguien arrie la bandera secesionista y, en su lugar, proceda a izar la bandera del arco iris de los gays... ¡Oh, suprema inspiración, que basta para que así nos ahorremos el magnífico arco iris que debía llevarnos al Walhalla!...

Y así, en plena Route 66, con los dioses ya borrachos en el bar, con la bandera gay del arco iris ondeando al viento, acaba (para mi profunda tristeza) la obra en la que lo único majestuoso a lo que he asistido ha sido una música que –ésta sí– aún no se han atrevido a alterar...

Tengo que confesar aquí que jamás en mi vida, tras años de asistir a todo tipo de experimentos escenográficos con la obra de Wagner, me había sentido tan decepcionado, tan negativamente afectado y iracundamente indignado por la falta de respeto y el destrozo de la obra del Maestro. Mi fe en la humanidad (ésta a la que se supone se dirige el artista cuando crea su obra) ha salido reducida a añicos y, real y verdaderamente, consideraba seriamente seguir asistiendo al resto de las jornadas de la Tetralogía. A mí mismo me decía si, con el corazón en la mano, vale la pena dedicar toda la vida a la lucha por el Arte ante la insensible falta de sensibilidad y de respuesta por parte de un público que, al bajar el telón, aún conserva las ganas de aplaudir, aunque sea sólo siete minutos (¿Dónde está aquel Bayreuth en el que nos quedábamos hasta setenta minutos aplaudiendo entusiasmados al final de cada obra?). Recordaba entonces las reflexiones de Umberto Eco cuando escribe: “Todos y cada uno de nosotros infravalora siempre e inevitablemente el número de individuos estúpidos que hay en circulación”.

Lo cierto es que he salido del Teatro malhumorado, cabreado (¡es la palabra exacta!), enfadado con el resto de seres humanos que allí me acompañaban sentados en las gradas. Y, de repente, me he percatado de que el Sol, que había brillado todo el día en un cielo muy azul, había dejado paso súbitamente a un suelo mojado por una llovizna fina de verano. He bajado decidido los pocos peldaños de piedra que separan el Teatro de la pequeña explanada en la que se yergue, solitario y altanero, el busto de Wagner y, cuando he llegado a pocos metros de él, he levantado los ojos para mirarle y... ¡No me lo podía creer!: Ante mí, en pleno ocaso, se dibujaba, perfecto, un espléndido arco iris de 180 grados, atravesando el cielo de lado a lado, entre agradables nubecillas rosas, por encima de los perfiles de los árboles que rodean todo el espacio, y el centro exacto de ese arco iris perfecto, era el busto de Breker, como si un compás hubiera trazado tal maravilla de la naturaleza...

Me he detenido, atónito, perplejo. He mirado a Wagner directamente, porque, de verdad, sólo faltaba que el propio compositor guiñara su ojo de bronce, me sonriera, y me dijera: “¡Qué, chaval! ¿Quieres que te dibuje también en el cielo a los dioses ascendiendo por el arco iris? ¡Ten fe! Todos esos autores decadentes pasarán, y su obra pronto se olvidará, y con ellos

morirá la vulgaridad de los que sólo saben vivir en el barro, destrozando la Obra de Arte que otros crearon y que ellos no saben sino destruir. ¡La obra de Arte es eterna, y nuevas generaciones vendrán que volverán a sentir el placer de disfrutar de ella, y querrán de nuevo gozar, y saborear, y vibrar, y sentirse mejores gracias a la Obra de Arte del Porvenir!”

Y por esto, y sólo por esto, me he decidido a escribir esta crónica apasionada del inicio de un Anillo en un Bayreuth que ya no es el mio... ¡porque hoy he podido pasar del escepticismo total a una nueva fe en esa ley del eterno retorno!